

Inle nació de la azucena y dicen que era un joven muy bello. Un día, se encontró con Yemayá, quien quedó tan enamorada que se lo llevó al fondo del océano para saciar sus apetitos carnales con el hermoso mancebo.

Tiempo después, la diosa se aburriró de su amante y quiso devolverlo a donde lo había encontrado, pero Inle ya conocía los misterios del mar y había hurgado en sus más profundos secretos. Para que no pudiera revelar nada, Yemayá le cortó la lengua.

Desde entonces, cuando se desea conversar con ese orisha, hay que hacerlo a través de la dueña del mar.

EL BASTÓN DE OGUÉ

Obatalá debía casar a su hija y advirtió que todos los que pretendieran su mano, debían presentarse el día señalado en su palacio, con un bastón que tuviera por empuñadura la figura de una cabeza humana con ojos, nariz y boca.

De más está decir que todos los que tenían habilidad se pusieron a tallar su bastón en madera, marfil y otros materiales. Los más ricos ofrecían cuantiosas sumas por los bastones con las características que reclamaba Obatalá, pues las riquezas y el poder que tenía eran tantos, que ningún hombre dejaba de codiciar la mano de su hija.

En ese tiempo llegó al pueblo un comerciante llamado Ogué que, oyendo los comentarios que circulaban sobre la hija de Obatalá, decidió presentarse también como pretendiente.

Pero Ogué no pudo conseguir que nadie le preparara un bastón, porque todos se encontraban enfrascados en la tarea de prepararse el suyo.

Fue así que decidió preparar él mismo su bastón. Buscó un igni de madera dura, tres ñames y maíz. Amarró los ñames en una de las puntas del palo y le hizo los ojos, la nariz y la boca con maíz. Acto seguido partió para el palacio de Obatalá, pues ya había llegado el día señalado para que se escogiera al futuro yerno del orisha.

Todos los que iban llegando debían decir su nombre en la puerta y entregar su bastón.

Obatalá y su hija se mantenían atentos a los pretendientes que arribaban al palacio, así como al bastón que cada uno entregaba. Cuando hubo llegado Ogué, que fue el último, los anfitriones se acercaron a examinar más detenidamente los bastones. La hija de Obatalá señaló uno y le dijo al padre:

—Creo que es el mejor de todos, porque ha traído la verdad. Los otros traen maderas preciosas, finas joyas, marfil y muchas otras cosas. Este, sin embargo, trae la comida que es lo más necesario para la vida. De esta suerte, Ogué se convirtió en el futuro esposo de la bella joven.

Obatalá le indicó a los demás que fueran retirándose y recogieran su bastón en la puerta.

Cada hombre que se presentaba a recoger su bastión, veía con sorpresa que la prenda se convertía en una hermosa mujer la cual, en lo sucesivo, sería su esposa.

Todos se retiraron y Obatalá le preguntó a Ogué para cuándo podrían fijar el día de la boda. Ogué le respondió que tenía siembras y debía primero esperar la recogida de los frutos para luego poder casarse.

El orisha le entregó al futuro yerno un saquito con semillas y le dijo que las esparciera en el lugar donde tenía sus sembrados.

Aquellas mágicas semillas dieron sus frutos a los pocos días y Ogué pudo recoger una cosecha formidable, por lo que muy pronto, contrajo matrimonio con la hija de Obatalá.

YEWÁ

Yewá, la hija más pequeña de Obatalá, era ya una linda muchacha. Su padre la cuidaba como el más preciado de los tesoros y la joven, ajena a las maldades del mundo se deleitaba con las flores de los jardines del palacio.

Enterado Shangó de la belleza de la muchacha no pudo resistir la tentación de buscarla.

Acostumbrado a sus fáciles conquistas con las mujeres acudió presuroso a los muros del palacio y subió por un árbol para ver a la doncella que quedó desconcertada ante la presencia del desconocido. Cruzaron algunas palabras y el orisha del fuego contó presuntuoso en el güemilere su visita, adornándola con todo lo que pensó que podía realzar su imagen de hombre irresistible.

Los rumores de esta historia llegaron a oídos de Obatalá, quien llamó a su hija decepcionado por lo que de ella se decía. Yewá quedó desconcertada ante lo que le contaba su padre y fue tanto su dolor que le dijo: «Babá, nunca mis ojos miraron otro hombre que no fuera usted, pero si el solo hecho de tropezar con un desconocido me ha causado tanto daño, permítame vivir donde los ojos de ningún hombre vuelvan a encontrar los míos».

Obatalá pensó por la decisión de su hija, pero se dio cuenta de que era ella quien tenía la razón. Por eso desde ese día Yewá fue a vivir a Araonú el reino de los muertos, donde nadie ni por equivocación pueda manchar su imagen.

EL COMERCIANTE ARRUINADO

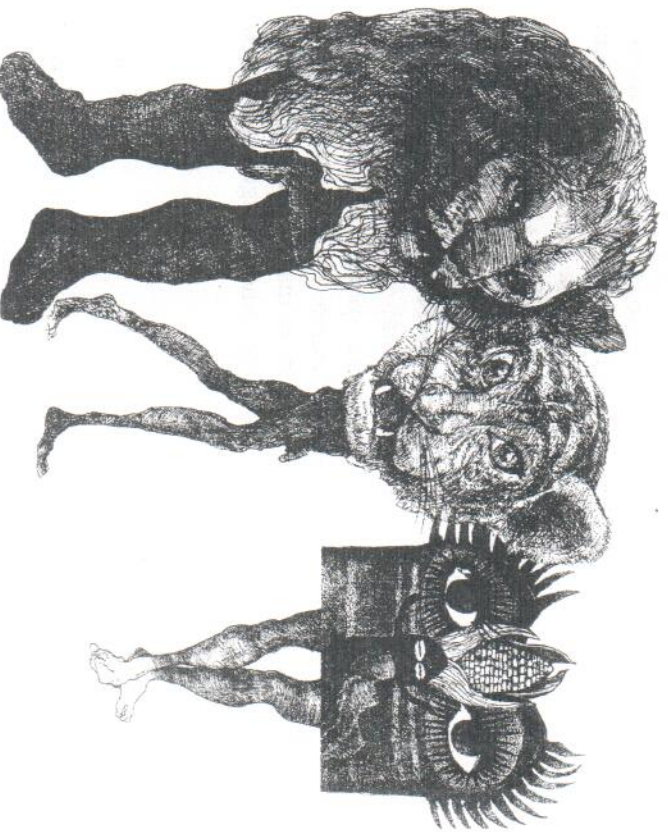
Un hombre tenía un negocio de venta de viandas y vegetales en la plaza, pero había cometido el error de venderle fiado a mucha gente, y nadie le pagaba.

Una vez en que Orula pasó por allí, le contó lo que le sucedía y este le aconsejó que vendiera ñames, pero que no le fiara a nadie más.

Al día siguiente el hombre trajo su canasta con ñames y los clientes, viendo el curioso tubérculo, comenzaron a preguntar de qué se trataba. El comerciante explicó que era una vianda deliciosa, pues tenía el sabor de la papa, el boniato y la yuca en una sola.

Los compradores, con la boca hecha agua, se entusiasmaron, pero el comerciante exigió que todo aquel que quisiera ñame, tenía que pagar lo que adeudaba.

Así comenzaron los morosos a pagar sus cuentas pendientes y el negociante gracias a la ayuda de Orula, al fin prosperó.



EL NIÑO PRODIGIO

El rey había mandado a degollar a todos los recién nacidos, porque el hechicero le había advertido que en aquella época del año nacería un varón llamado a sustituirlo.

Cuando nació el niño esperado, su familia se atemorizó y quiso esconderlo para que los guardias del rey no lo mataran. Pero aquel niño, que hablaba desde el mismo momento en que vio la luz, dijo a sus familiares que no temieran, que le dieran siete flechas y pusieran la cuna frente a la puerta de la casa.

Los padres hicieron lo que el niño decía. Cuando llegó el primero de los soldados y se abalanzó sobre la cuna para arrebatarse al niño, se clavó la flecha en medio del pecho y murió. Los seis siguientes, corrieron la misma suerte.

El rey, avisado de lo que estaba sucediendo, fue a ver al niño y le hizo morforbale, porque reconoció su grandeza.

